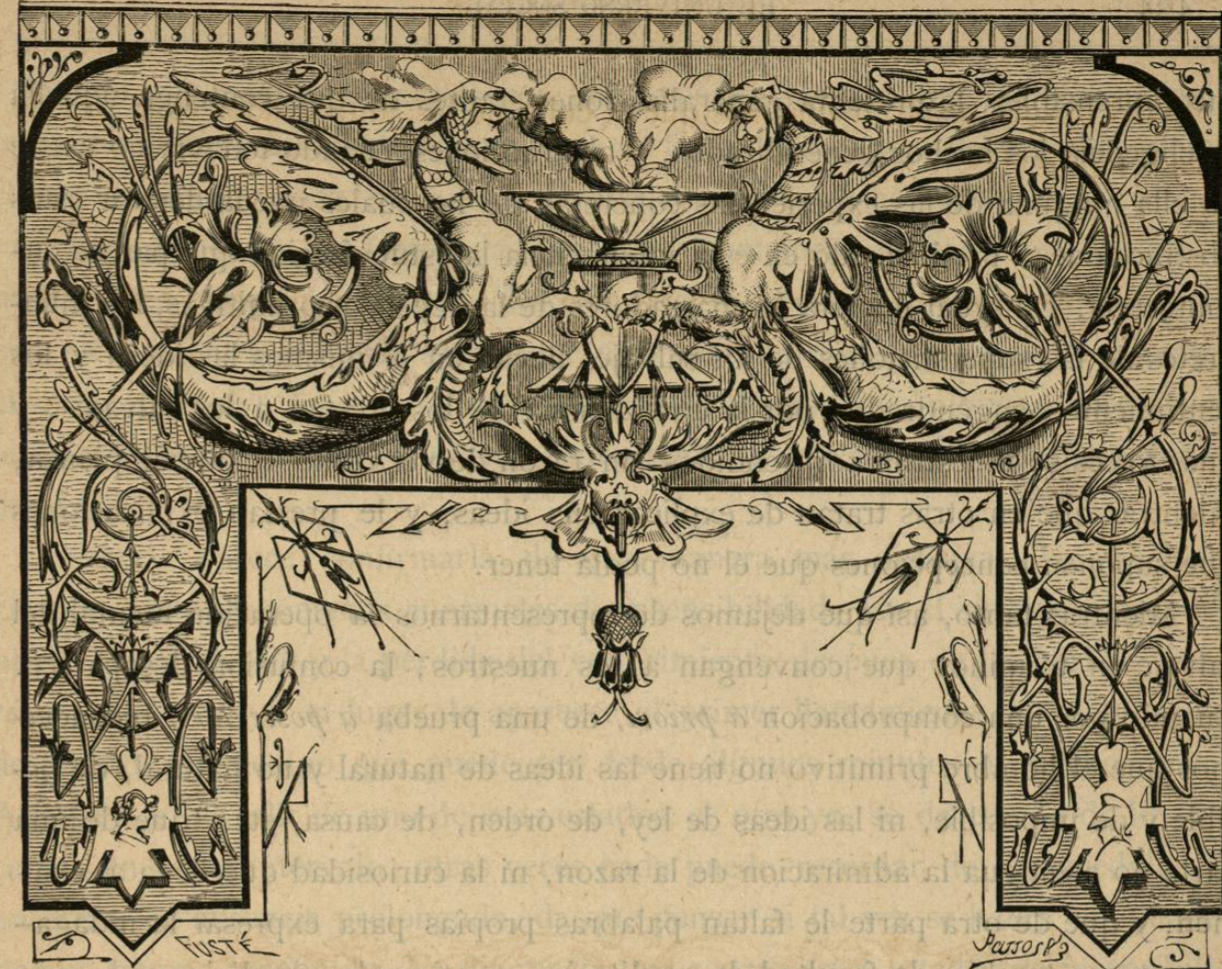


ó no del mismo linaje, deducimos que el culto de los antepasados es la raíz de toda religion (1).

(1) Se hallarán en los apéndices hechos y razones importantes que vienen en apoyo de esta conclusion directa é indirectamente; el apéndice A contiene nuevos hechos, y el apéndice B una crítica de la teoría de los mitólogos.



CAPÍTULO IX

TEORÍA PRIMITIVA DE LAS COSAS.—EXTENSION DE LA SOCIOLOGÍA

Lo que parece un caos de pueriles supersticiones y conclusiones monstruosas, que es lo que compone la enorme masa de las creencias supersticiosas que existen por todas partes, se esclarece y regulariza desde el momento en que dejamos de considerar el pasado desde nuestro avanzado punto de vista, para examinarle en el porvenir desde el punto de vista del hombre primitivo.

Los intérpretes de concepciones primitivas cometen el mismo error que la mayor parte de los maestros de escuela. No habiendo estudiado el pedagogo la psicología, solo tiene una vaga noción del espíritu de su discípulo; así se imagina que una inteligencia pobre en un principio, posee las concepciones que solo una inteligencia desarrollada puede producir, y le ofrece hechos absolutamente

incomprensibles, le presenta generalizaciones, antes de que contenga aquella inteligencia los hechos generalizados, y abstracciones, cuando todavía no existe en ella ninguna de las experiencias concretas de las cuales pueda derivar estas abstracciones: produciendo en esta inteligencia la estupefacción que parece entontecerla. De igual manera los narradores de las leyendas primitivas, los intérpretes de las supersticiones de los salvajes llevan en sí mismos las ideas y los sentimientos engendrados por la civilización; se los prestan á los salvajes, y unas veces se muestran sorprendidos sin razón de ver cómo el salvaje piensa, mientras que en otras tratan de explicar sus ideas, y le prestan explicaciones que suponen concepciones que él no podía tener.

Mientras tanto, así que dejamos de representarnos la operación mental del salvaje en términos que convengan á los nuestros, la confusión desaparece. Cuando por una comprobación *a priori*, de una prueba *a posteriori*, reconocemos que el hombre primitivo no tiene las ideas de natural y no natural, de posible y de imposible, ni las ideas de ley, de orden, de causa, etc.; que de una parte no atestigua la admiración de la razón, ni la curiosidad que lleva al examen, y que de otra parte le faltan palabras propias para expresar la indagación, como también la facultad de meditación continuada, condición necesaria para la investigación; vemos que en lugar de especular y forjar explicaciones, no hace más que recibir pasivamente las conclusiones que se le imponen. Tratando de investigar cuáles son estos errores, descubrimos que el hombre primitivo es inevitablemente víctima de un error inicial que, como consecuencia, da lugar, inevitablemente también, á un sistema erróneo que perfecciona cada día más.

Hasta qué punto es natural la evolución de este sistema de ideas, se verá con solo recapitular sumariamente los resultados á los cuales hemos llegado en los capítulos precedentes.

Diariamente sobrevienen cambios en el cielo y sobre la tierra á intervalos más cortos ó más largos, sin que sepa el salvaje por qué: éstos son apariciones ó desapariciones, trasmutaciones, metamorfosis inesperadas. Estos cambios parecen demostrar que lo arbitrario es el carácter propio de las cosas que rodean al hombre y mantienen viva la idea de que existe una dualidad en las que se hacen visibles y se desvanecen ó transforman; después la experiencia continuamente repetida de las sombras, de la reflexión y del eco vienen á confirmar esta creencia.

Las impresiones así producidas por la vista del mundo exterior, vienen en

apoyo de una creencia suscitada por una experiencia más definida y familiar, la de los sueños. El hombre primitivo no tiene idea alguna del espíritu, mira el sueño como un encadenamiento de sucesos reales: él ha hecho las cosas, ha visitado los lugares, ha visto á las personas de su sueño. Insensible á las contradicciones, acepta los hechos tales como se le ofrecen; y si reflexiona sobre ellos se encuentra inducido á concebir un duplicado que se aleja de él durante el sueño y vuelve luego á entrar. El sonambulismo, que algunas veces hay ocasión de hacer constar, confirma aparentemente esta idea de su propia dualidad.

Todavía parece confirmarla de una manera más decisiva, la producción de ciertos fenómenos anormales de insensibilidad. En el síncope, la apoplejía, la catalepsia y la pérdida del conocimiento después de las heridas, parece que el otro yo en lugar de aparecer al primer llamamiento no vuelve sino después de un tiempo que puede ser desde algunos minutos á muchos días. Alguna vez, al salir de uno de esos estados el otro yo, se da cuenta de lo sucedido en aquel intervalo; otras veces nada puede recordar de lo sucedido, y en otras, en ausencia prolongada, da que pensar si tal vez se habrá marchado por un tiempo indefinido. La diferencia que separa estos estados de insensibilidad temporal del estado de insensibilidad definitiva, escapa con frecuencia al mismo hombre instruido: el salvaje no sabría, pues, reconocerlo. La inconciencia normal del sueño, del cual vuelve el otro yo brevemente, queda unida por medio de especies anormales de inconciencia en las cuales el otro yo vuelve con dificultad, á la inconciencia definitiva de la que aquel no vuelve ya. Sin embargo, la analogía conduce al salvaje á deducir que el otro yo acabará por volver. Considerad la observación que con frecuencia hemos hecho acerca de un cadáver, esto es, que es difícil creer que no recobrará el movimiento al salir de un reposo en el que no es más profunda la calma que en otras circunstancias, y considerad la fuerza que debe tener sobre el espíritu del hombre primitivo la asociación entre la idea de este reposo que tanto se parece al sueño y la idea del despertar que sigue habitualmente al sueño, asociación que por sí sola debería sugerir la idea de la resurrección. La resurrección, pues, de la que las razas inferiores tienen una vaga é indefinida imagen atestiguada por un hecho universal, el miedo á las ánimas, va tomando formas claras á medida que la teoría del sueño da limpieza á la idea de la emigración del duplicado humano.

El segundo yo asignado á cada hombre no difiere desde luego de su original en nada. Se le cree igualmente visible, igualmente material; no sufre

ménos que él el hambre la sed, la fatiga, el dolor. El espíritu ó alma, que desde luego no puede distinguirse de la persona misma, que se puede derribar, ahogar, destruir por segunda vez, va tomando poco á poco y alternativamente una naturaleza diferente. En su tendencia á poner de acuerdo las conclusiones á las cuales llega, el pensamiento en progreso atribuye al espíritu de los muertos una naturaleza material cada vez ménos grosera; á medida que el espíritu del muerto que no tiene desde luego una segunda vida sino por un tiempo determinado, adquiere poco á poco una para siempre, la naturaleza de su sustancia empieza poco á poco á diferir de la del cuerpo y al fin se convierte en etérea.

Este duplicado del hombre muerto que primitivamente ha sido concebido como parecido á él, en todos los demás puntos de vista se le concibe como dedicado á ocupaciones parecidas á partir del momento de la muerte. Si es de una raza conquistadora, combate y caza como antes; si de una raza de pastores, continua ocupándose de sus ganados y en beber leche; si de una raza agrícola, emprende de nuevo la labor de los campos, siembra y cosecha, etc. En fin, de esta creencia en una segunda vida que también se parece á la primera por la forma de gobierno y el orden social, provienen los usos de dejar alimentos cerca de los cadáveres, así como bebidas, vestidos, armas, y de sacrificar sobre las tumbas los animales domésticos, las esposas, los esclavos.

El sitio donde se supone corre esta vida después de la muerte, difiere según los antecedentes de la raza. Se ha creído frecuentemente, que los espíritus se confunden con sus descendientes y se les ha reservado diariamente una parte de alimentos; algunas veces se ha imaginado que los bosques vecinos eran su morada, y se ha supuesto que consumían las ofrendas alimenticias que en ellos se depositaban; por otra parte se ha admitido que ellos regresaban al país del cual la raza había venido. Se llegaba á este otro mundo por un viaje por tierra, ó descendiendo por un río, ó cruzando el mar, y se dirigían hácia tal ó cual punto del horizonte, según los datos de las tradiciones. También se dejaban cerca de la tumba los objetos necesarios al viaje, canoas ó caballos, perros de caza, armas defensivas, dinero y pasaportes para la seguridad del viajero. Cuando la costumbre de enterrar en una cordillera da lugar á la creencia de que ésta es la morada de los espíritus de los antepasados, ó cuando una raza de conquistadores ha tomado posesión de esta cordillera, entonces se viene á mirar el cielo, al cual se cree es posible llegar por estas cimas, como el otro mundo, ó uno de los otros mundos.

Los duplicados de los hombres muertos, á los cuales no se atribuye desde

luego la segunda vida sino por cierto tiempo, no podían casi dar lugar á la creencia de que los espíritus se conviertan en una muchedumbre cada día más numerosa; pero desde el momento que se les atribuye la segunda vida perpetua, no pueden ménos de formar un enjambre cuyo número crece incesantemente. Pululando por todas partes, capaces de aparecer y desaparecer á su capricho, eficaces en formas imposibles de prever, se les mira como las causas de todo lo que parece extraño, inesperado, inexplicable. Se atribuye á sus actos todo lo que excede á lo ordinario; se llega también hasta á atribuirles los efectos cuyas causas ordinarias saltan á la vista.

Autores presuntos de todos los fenómenos notables del mundo exterior lo son también de los actos insólitos de las personas vivientes. Cuando el cuerpo es abandonado por el otro yo, durante un estado de insensibilidad, normal ó anormal, el otro yo de otro individuo, viviente ó muerto, puede entrar en él; por consiguiente, se han atribuido á la malignidad de los duplicados de los muertos la epilepsia y las convulsiones, el delirio y la locura. Además, esta teoría de la posesión, que da cuenta de todos los actos materiales que el individuo no vé, hace comprender actos tales como el de estornudar, el de bostezar, etc., las enfermedades mismas y la muerte que se atribuye de ordinario á un enemigo invisible.

Se desea y se pide por medio de plegarias la entrada de espíritus amigos en los hombres para darles una fuerza ó un conocimiento sobrenaturales, y en contraposición; se teme mucho la entrada de los espíritus que hacen sufrir males materiales ó mentales; cuando se cree que este maleficio ha tenido lugar, no hay más que un remedio; es necesario expulsar estos espíritus. El exorcista pretende echar al maligno intruso recurriendo á un ruido ensordecedor, á muecas horribles, á olores insoportables. A esta forma simple de exorcismo sucede otra en la cual el operador llama en su ayuda un espíritu más poderoso. De ahí han salido al fin las prácticas del hechicero que, usando la violencia sobre las almas de los muertos, las hace trabajar en su detestable obra.

Pero si de una parte los hombres primitivos se consideran á merced de los espíritus que les cercan, intentando defenderse con el auxilio del exorcista y del hechicero que oponen unos á otros los espíritus, de otra parte y al mismo tiempo se adopta para con los espíritus una conducta opuesta, se busca la manera de hacerles propicios. La divergencia de estas dos políticas opuestas se revela en los dos métodos opuestos de tratar el cadáver. En ciertos casos reconoce por objeto impedir el despertar del muerto para que no venga á incomodar á los vivos, motivo que puede producir actos hostiles cuando se supone que el